

“EN LA ARGENTINA HAY DE TODO,
PERO HAY QUE AGACHARSE PARA
TOMARLO. Y PARA ESO SE REQUIERE
TRABAJO, RESPETO Y PERSEVERANCIA”

José César y Gustavo Silveira

Los orígenes

José César: Nací en 1940 en la ciudad de Salto, Uruguay, hijo de Juan y María, ambos uruguayos. Tengo ascendencia portuguesa por la rama paterna, y árabe, por el lado de mi madre.

Cuando yo tenía apenas cuatro años, mi padre falleció en un accidente laboral. Mi madre tuvo que convertirse en una pequeña leona para sacar adelante a sus once hijos naturales y tres adoptivos. Todos colaborábamos con alguna tarea en la pequeña quinta donde vivíamos y aportábamos a la olla familiar. Los mayores trabajaban en el frigorífico de carne La Caballada, que por entonces era un saladero.



Mi familia en Salto. Década del '60.

Mi infancia fue pobre pero digna, marcada por fuertes valores de respeto y honestidad. Un día, le mostré a mi madre una moneda que había encontrado en la calle. Ella me llevó puerta por puerta a preguntar a los vecinos si no la había robado. Ante las respuestas negativas, igual me retó: *“Esta moneda debe ser de alguien que ahora se está lamentando porque no puede alimentar a sus hijos”*.

De chico, entendí que la única vía de progreso era el estudio. Tras cursar la secundaria en la escuela industrial, quise seguir mi formación en Montevideo. Así, en 1956, llegué con mi valija de cartón a la capital para estudiar el profesorado en mecánica en la Universidad del Trabajo. De día, trabajaba. De noche, estudiaba.

Trabajé en un astillero y en una tornería. Después, pasé a la empresa General Electric, donde hacía motores para heladeras. A los 19 años, tenía un equipo de 23 personas a mi cargo. En aquel trabajo, aprendí el oficio de la refrigeración. Esa formación me acompañó a lo largo de toda mi carrera.

En 1963, tras graduarme de la universidad, me tomé dos años sabáticos para dedicarme a mi pasión: el candombe. Recorrí como percusionista toda la costa de Brasil, Uruguay y Argentina haciendo espectáculos y viviendo de la música. Fueron años de mucha libertad

Un proyecto industrial

Al regresar de mi período sabático, conseguí trabajo en un frigorífico muy importante de Uruguay. Allí conocí a un ingeniero en refrigeración suizo llamado Alberto Hintermaister, del que adquirí un gran conocimiento. Estuve diez años en aquel frigorífico, como jefe de montajes y mantenimiento. Si bien estaba cómodo, yo aspiraba a más.

En marzo de 1974, con mi amigo Marcelo Gottschalk decidimos mudarnos a la Argentina. A través del Ing. Florindo Baruca llegamos a Mar del Plata. Nuestra intención era quedarnos sólo un tiempo, para después emigrar hacia Europa o Canadá. Pero el destino nos tenía reservado otros planes. En aquellos tiempos, comenzaba el auge de la pesca y descubrimos un enorme potencial en montar sistemas de refrigeración para barcos fresqueros, factoría y plantas frigoríficas.

Con Marcelo, fundamos la firma Silveira Gottschalk. De día, seguíamos con nuestro puesto en relación de dependencia. Después de hora, trabajábamos en nuestro propio proyecto.



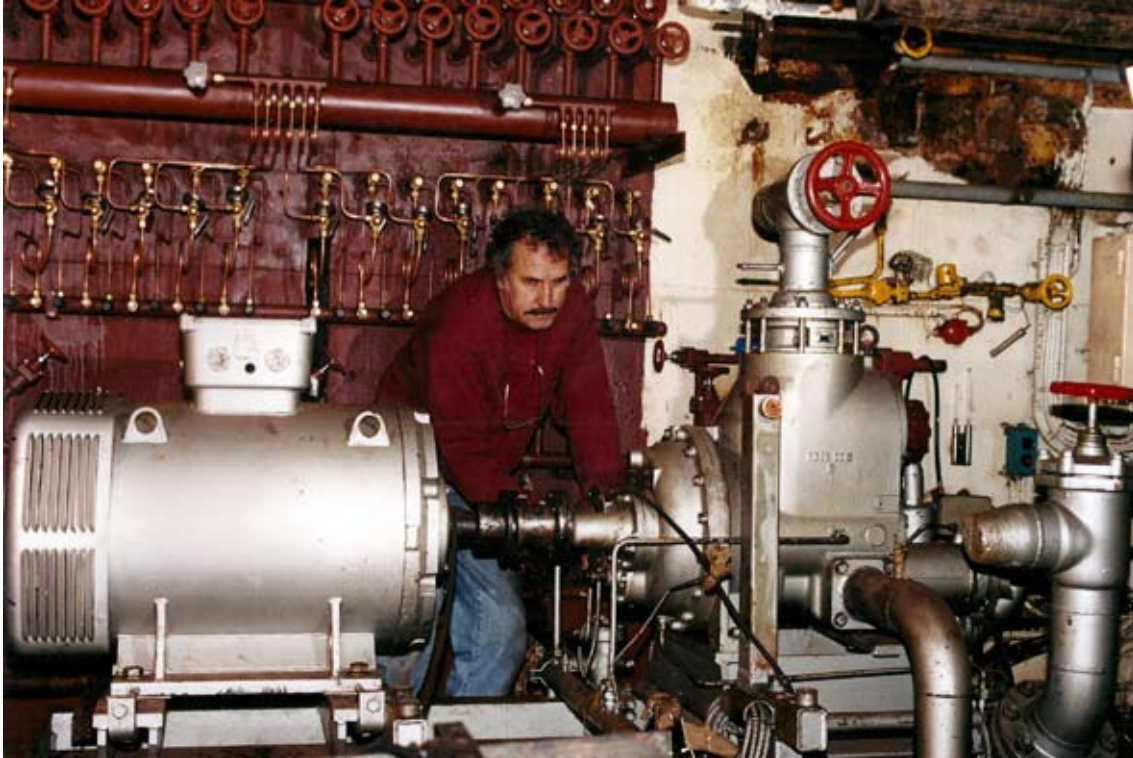
En un trabajo que realizamos en Namibia.

Comenzamos haciendo reparaciones en el puerto y trabajos de aire acondicionado en locales comerciales que nos tercerizaban firmas como Surrey y Carrier. Instalamos soluciones de refrigeración en algunos sitios emblemáticos de Mar del Plata, como el teatro Auditorium, el casino y el Hotel Dos Reyes. También realizamos montajes para frigoríficos de fruta en el Alto Valle de Río Negro.

Al cabo de algunos años, habíamos reunido un capital suficiente para independizarnos y montar nuestro propio taller. Con los años, Silveira Gottschalk se fue convirtiendo en una marca reconocida en soluciones de refrigeración para la pesca.

En el negocio pesquero, la cadena de frío no puede fallar nunca. El producto debe estar refrigerado desde la captura hasta su venta en el supermercado. Por eso, nos convocaban para muchas tareas difíciles. Hicimos reparaciones muy complejas en barcos factoría de todo el mundo. Trabajamos, entre otros países, en Sudáfrica, Namibia, Chile y Uruguay.

La firma Silveira Gottschalk operó por más de tres décadas. En 2010, cuando la nueva generación comenzó a asumir roles más protagónicos, con mi socio Marcelo decidimos que lo mejor era que cada uno siguiera su camino. Ambos seguimos en el rubro, aunque en firmas diferentes.



Haciendo una instalación en un buque pesquero de altura.

La formación de Silveira e Hijos Refrigeración Industrial S.A.

En julio de 2010, nació Silveira e Hijos Refrigeración Industrial S.A. Actualmente, un equipo de 25 personas, brindamos servicios de fabricación, instalación, reparación y mantenimiento en refrigeración para barcos fresqueros, factoría y plantas. En 2011, se sumó Sebastián Gutiérrez como coordinador y jefe de compras.

Nuestras soluciones sirven tanto para pesca, carne, frutas y todo tipo de refrigeración de productos. En nuestro taller, producimos todos los componentes para la entrega de la solución "llave en mano".

El cliente, generalmente una empresa naviera, nos dice cuánto necesita congelar. Nosotros armamos un proyecto ajustado a sus necesidades y se lo instalamos. Tenemos la capacidad de armar sistemas de congelamiento muy complejos. Yo mismo hago los dibujos y los cálculos térmicos a mano. Soy el único de la empresa que no tiene computadora.

Además de nuestro taller de Mar del Plata, tenemos una sucursal en Ushuaia y otra en Puerto Deseado, dos importantes puertos de pesca patagónicos. En los

últimos años, la expansión se ha producido hacia el sur. Hemos incursionado en nuevas actividades como sistemas de congelamiento para criaderos de truchas, vieiras y centolla en el canal del Beagle.

La gente es la clave de nuestro éxito. En nuestro taller, se trabaja en un clima de profundo respeto. Mi visión de la empresa es la de una gran familia, donde prosperamos juntos. No soy un jefe que da indicaciones desde la comodidad de su oficina. Me gusta ir a las obras y estar en contacto con la gente. Nuestro concepto es: tiene que estar bien el de arriba para que esté bien el de abajo. Para que nosotros ganemos, nuestro cliente tiene que ganar con el trabajo que desarrollamos.

Esta es una empresa familiar, donde colaboran mi esposa, Amalia Graciela Pili, y mi hijo, amigo y compinche, César Gustavo, mi hijo, amigo y compinche, con su esposa, Mónica.

El legado

César Gustavo: Nací en Salto, Uruguay, en 1967, y llegué con mi padre a Mar del Plata, en el '74. Empecé a ayudarlo en la empresa en cuarto año de la secundaria. Cuando entré, mi padre no me presentó como el hijo del dueño, sino como un empleado que venía a aprender. Actualmente, soy jefe de taller y me ocupo de la dirección de obra. Con Mónica, tenemos tres hijos: María Victoria, Marina y Tomás. Cuando crezcan un poco más, podrán ayudarnos en la parte administrativa.

José: Es frecuente que las empresas familiares fracasen cuando los herederos toman la posta. Los jóvenes de hoy han perdido el respeto por la autoridad, y no reconocen el sacrificio que hicieron sus padres. En mi caso, todo lo que he conseguido en la vida ha sido con esfuerzo y dedicación.

Esto es lo que intento transmitir a mi hijo, a quien crié con las mismas normas de respeto y valores con que me educaron a mí. No se trata de dinero. Si yo hubiese pensado sólo en mí, ahora sería millonario. Pero gasté mucho en ayudar al prójimo. Es mi forma de agradecer a la vida por las oportunidades que me dio.

Nunca me olvido de que probé mi primera gaseosa a los nueve años, que mi madre compró cuando cobró el seguro de vida de mi padre. Yo mismo me fabricaba mis autitos con la tapa de pomada de zapatos.

La Argentina es un país extraordinario, el único que se da el lujo de tener perros vagabundos gordos. Cuando yo les contaba a mis amigos uruguayos que



En la oficina de nuestro taller.

los barcos pesqueros tiraban comida a la basura para hacer lugar en sus depósitos, no me lo creían. Aquí hay de todo, pero hay que agacharse para tomarlo. Y para eso se requiere trabajo, respeto y perseverancia.

Gracias, Argentina, por acogernos y darnos la oportunidad de crecer. Lo devolveremos con trabajo y honestidad.